

PRIMAVERAS SILENCIOSAS

La corrupción de la tierra



CARLOS EDUARDO SIERRA C.

PERMANECE INCÓLUME Y ENHIESTA la elocuente carta dirigida en 1854 por el jefe indio Seattle al entonces presidente de los Estados Unidos, Franklin Pierce. El motivo de la misma: sentar posición frente a la oferta de compra de las tierras de los indígenas por parte del Gobierno del coloso del norte. Sin duda, se trata de un bello y profundo documento de obligada mención al abordar lo relativo a la ecología y la ética de la Tierra, máxime que dicha carta muestra el contraste entre dos cosmovisiones: la de los indígenas, para quienes la naturaleza es sagrada; y la de la industrializada civilización moderna, depredadora de natura por obra y gracia de su índole dominante. Como nos lo recuerda Iván Illich, el crítico más lúcido de las contradicciones de las sociedades industriales, en sus análisis cuidadosos de ciertos sucesos del siglo XII europeo, aquí tenemos el paso de la causa eficiente a la causa instrumental, es decir, el paso de la idea de que el mundo depende del amor de Dios, de su voluntad gratuita, a la nefasta idea del control y el mejoramiento mediante las herramientas. En otras

palabras, es el frágil ser humano erigiéndose con soberbia cual dios en miniatura, una miniatura que ha demostrado su incapacidad para entender y manejar las fuerzas de la naturaleza.

En palabras sabias del jefe Seattle:

De una cosa estamos bien seguros, la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra. Todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. El hombre no tejió la trama de la vida. Él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo. Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él de amigo a amigo, queda exento del destino común.

Corría el año 1854, pero tan sabio líder indígena hablaba en términos holísticos como los que más, en clave de complejidad. De aquí que sea certero diagnosticar el marasmo civilizatorio actual como una corrupción de los elementos aristotélicos. Y, claro está, la tierra no tuvo escapatoria al respecto, una cuestión puesta en evidencia por la bióloga y conservacionista estadounidense Rachel Louise Carson en su dramático libro publicado en 1962, con un título rico en imágenes: *Primavera silenciosa*. Ahí, ella destapó lo que los dioses en miniatura querían ocultar merced a sus juegos de tronos: el envenenamiento de la tierra gracias al uso irresponsable de biocidas de índole diversa, comenzando con el insecticida DDT (dicloro difenil tricloroetano).

Es más, ese libro, junto con la obra magna de John Ronald Reuel Tolkien, *El Señor de los Anillos*, inspiró el movimiento ecológico.

Con anterioridad, la buena ciencia ficción ya había abordado la problemática de la tierra. Botón de muestra, en su relato titulado *Cientela restringida*, aparecido en 1951, Kendall Foster Crossen plantea un escenario distópico a más no poder: en el siglo xxii, la humanidad se ha extendido por toda la galaxia, pero los dueños de todos los planetas y demás mundos son apenas medio centenar, los Inversores. A raíz de esta situación, los científicos, conscientes de que, a lo largo de los siglos, han sido meros instrumentos para acrecentar las riquezas de unos pocos a expensas de la explotación de las mayorías, urden un astuto plan para encerrar por siempre a los Inversores en el asteroide Ceres y así terminar con su explotación. Por supuesto, aunque solo a escala de nuestro planeta... por ahora, esta es en esencia la situación real. Buena parte de la tierra y la riqueza está en unas pocas manos. He aquí un mal terrible cuyas raíces se hunden en el lejano pasado. En efecto, la historia de la economía comprende los últimos 800.000 años, un período que, durante su mayor parte, contó con el trueque como actividad económica básica, lo cual significa que la gente tenía más o menos los mismos bienes, que no había grandes diferencias, sobre todo si eran comunidades nómadas. O sea, no se podía decir que había ricos y pobres en esos días prehistóricos. Empero, unos ocho mil años atrás, la cosa cambió a causa de la revolución agrícola, la que posibilitó la acumulación de grandes excedentes de alimentos. Así, entró en escena en la historia de la economía un rasgo que no se había conocido para efectos prácticos: el egoísmo, cuya expresión fue y es el deseo de unas minorías en querer acaparar los excedentes para sí mismas. Ese fue el inicio de los juegos de tronos y los choques de reyes.

En lo que a Latinoamérica concierne, la concentración de la tierra en pocas manos

Como lo dice con tino un amigo mío, Waldemar de Gregori, investigador brasileño en cibernética social proporcionalista, Europa llegó a ser lo que es gracias al Fondo Indoamericano Internacional.

procedió con extrema rapidez, en unos cuantos años, en pleno siglo xvi. Es justo lo que demuestra la historia de la rebelión de Lope de Aguirre contra la monarquía española. Para colmo, los usos dados a la tierra no fueron los mejores, sobre todo en el caso de la minería, de la que hay un ejemplo notable en el caso de las minas de Potosí, con una explotación infrahumana de la población indígena merced a la institución de la mita. Estamos hablando de jornadas de hasta quince horas diarias cavando túneles, lo que convirtió el célebre Cerro en una especie de gigantesco queso gruyer, para así extraer la plata en forma manual o a pico. Claro está, no faltaban los derrumbes y otros accidentes, por lo que pueden haber muerto en esa explotación unos 15.000 indígenas entre 1545 y 1625. En todo caso, lo más irónico de la explotación de las riquezas americanas por parte de la nobleza castellana radica en que los principales beneficiarios de estas fueron los banqueros europeos. En el caso de Felipe II, se dice que con una mano recibía esas riquezas y con la otra las distribuía a la banca europea para sacar adelante sus empresas bélicas. Como lo dice con tino un amigo mío, Waldemar de Gregori, investigador brasileño en cibernética social proporcionalista, Europa llegó a ser lo que es gracias al Fondo Indoamericano Internacional.

Desde luego, Colombia no ha sido la excepción al respecto, como lo demuestra la biografía de Jorge Isaacs, el autor de *María*, quien también descubrió las hulleras de nuestra

costa Atlántica. Por desgracia, Isaacs no consiguió en vida ni un mísero peso gracias a esto. Para colmo de torpezas, el gobierno de la época le dejó la explotación de las minas de Cerrejón a la *Pan American Investment Company*. Años después de muerto Isaacs, sus herederos lograron por fin contar con algún dinero gubernamental gracias a las gestiones de Rafael Uribe Uribe. En fin, al pasar revista a la situación mundial, salta a la vista que estamos *ad portas* del fin mineral de esta civilización ante el agotamiento cada vez mayor de diversos minerales claves, dejando de paso daños irreversibles a la tierra, ejemplificado de forma distópica por la tecnología de la fracturación hidráulica para extraer con frenesí gas y petróleo del subsuelo, con la contaminación consecuente de acuíferos y de la atmósfera, junto con la contaminación sonora, la migración de gases y sustancias químicas empleadas hacia la superficie del terreno, la contaminación en la superficie a causa de vertidos y los inevitables efectos en la salud fruto de todo esto. Del mismo modo, no ha faltado el aumento de la actividad sísmica. Como vemos con este ejemplo, los minidioses hacen de las suyas al dañar, más que a la tierra, a la propia Gaia.

Volvamos con la ciencia ficción. Entre un amplio diapasón de obras que tratan de los grandes daños hechos al planeta, cabe destacar la película estadounidense *Total Recall* (*El vengador del futuro*), aunque no la versión clásica de 1990 dirigida por Paul Verhoeven y protagonizada por Arnold Schwarzenegger, sino la nueva versión de 2012 dirigida por Len Wiseman y protagonizada por Colin Farrell. Por supuesto, la trama correspondiente es de lo más distópica: en el año 2084, la guerra química ha devastado buena parte del planeta, cual especie de refrendación de las denuncias de Rachel Louise Carson de 1962, por lo que queda poca tierra habitable, dividida en dos territorios: la Federación Unida de Bretaña y la Colonia (Australia), conectadas por medio de un tren gravitacional que viaja

a través de la Tierra pasando por su centro. No se trata de un escenario desdeñable habida cuenta de que pende sobre nuestras cabezas la espada de Damocles de los arsenales de armas nucleares, químicas y biológicas, como tampoco cabe desdeñar el escenario más extremo planteado en el filme de 2013 titulado *After Earth*, protagonizado por Will Smith y su hijo, Jaden, en el que el planeta ha quedado inhabitable para la humanidad y esta ha emigrado a un sistema extrasolar. En suma, la humanidad no tiene el menor respeto por Gaia, salvo por aquellas culturas para las que la naturaleza es sagrada. La Tierra ya no resiste los pueriles juegos de tronos de esta civilización demencial.

El cambio climático en curso, de origen antropogénico, dada la insensatez de los dioses en miniatura, pese al negacionismo pertinaz de Donald Trump, hará desaparecer grandes extensiones de tierras emergidas, no tanto como la ficción propuesta por otra realización de la ciencia ficción, el filme de 1995 que lleva por título *Waterworld*, protagonizado por Kevin Costner, pero sí lo bastante como para que nos angustiemos. Al fin y al cabo, somos una especie que ha evolucionado con los pies sobre la tierra. Propiamente, se prevé la desaparición o inundación de ciudades como Venecia, Londres, Barcelona, Lisboa y Roma en Europa, junto con la inundación de Holanda y Dinamarca; Nueva York, Washington, San Diego, San Francisco, Los Ángeles, Miami —con la península de la Florida sumergida por completo—, Buenos Aires, Lima, Montevideo y Río de Janeiro en América; Seúl, Manila, Pekín, Shanghái, Hong Kong y Tokio en Asia, amén de países insulares como Singapur y Japón, y varios países constituidos por islas pequeñas; Túnez, El Cairo y Dakar en África; Melbourne, Sídney, Adelaida, Wellington y Christchurch en Oceanía, además de países insulares como Palaos, Tuvalu, Fiyi, Micronesia y las Islas Salomón. Sin duda, no es un panorama grato. En Colombia, Cartagena

es la ciudad más vulnerable a tal cambio. Y el golfo de Urabá podría convertirse en un gran golfo.

En especial, de las localidades antedichas, el caso de Florida es de lo más dramático, no solo por la amenaza de quedar bajo el agua, sino por otro problema no menos grave: las dolinas o hundimientos, que son depresiones superficiales del suelo que aparecen cuando un vacío subterráneo debilita el apoyo de la tierra que está por encima. De facto, esto amenaza los suministros de agua y puede causar daños estructurales e inestabilidad debajo de las edificaciones, carreteras y puentes. Este problema ha crecido sobremanera gracias al aumento de población, pues, entre fines del siglo XIX y la actualidad, la población de dicha península ha aumentado en un millar de veces. En otras palabras, las dolinas de origen humano resultan de las malas prácticas de uso de la tierra, sobre todo el bombeo y la construcción, a lo que cabe añadir causas como los tanques sépticos abandonados, la descomposición de material orgánico enterrado y las minas colapsadas. Es un ejemplo relevante de la pésima relación del ser humano con la tierra, de su desconocimiento de la trama de la vida, de su carácter sistémico.

Para colmo de males, esta desconexión ha quedado magnificada por las novísimas tecnologías de la información y la comunicación. Como señala a este respecto Jeremy Rifkin, uno de los artífices del concepto de Tercera Revolución Industrial, la interacción con la naturaleza resulta esencial para fomentar el pensamiento crítico, pues, la mente infantil en desarrollo observa de manera continua los fenómenos naturales y trata de entender cómo afectan al mundo en el cual crece, lo que permite situarse en el mundo. Así, natura hace las veces de fuente de admiración y asombro sin la que la imaginación humana no podría existir. Y la imaginación es menester para que no se atrofie la conciencia. En otros términos, según sostienen los nuevos educadores de la biofilia, el afán del hombre

de esta época por abrazar la realidad artificial lo ha llevado a perder el contacto con la naturaleza, un hecho que sugiere un futuro inquietante para la evolución de la conciencia humana. Recordémoslo: nuestra especie evolucionó con los pies sobre la tierra. Somos polvo de estrellas. De esta suerte, las tecnologías de marras le han reducido la visión al ser humano a una mera pantalla diminuta. En cambio, las grandes ideas nacieron de la contemplación del cosmos, ideas como las de cero e infinito. Por su parte, Iván Illich concluyó que los sistemas modernos de la era electrónica simulan la aparición de entidades intrínsecamente desprovistas de carne, o “concretudes desplazadas”, las cuales son cosas “que por no estar en los sentidos no sabrían tener carne”. Esto es, el hombre medio de hoy se mueve entre una miríada de fotografías tomadas mediante microscopios, telescopios y cámaras, además de seres maquillados merced al artificio de las industrias de la belleza, de gráficas, de cuadros estadísticos, de mapas meteorológicos, que pretenden visualizar lo invisible. El hombre de hoy no sabe estar en el mundo con autenticidad. Mira a lo sumo, pero no ve al no estar presente en realidad. El jefe Seattle sabía muy bien lo que decía. ■

